

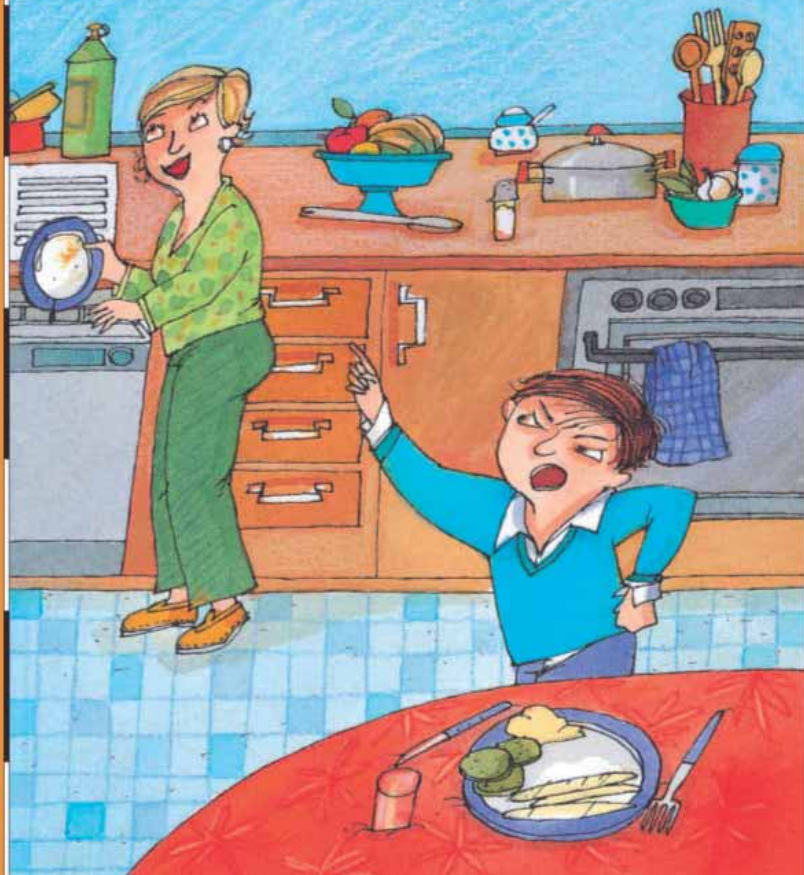
EL BARCO



DE VAPOR

Rachel Flynn

¡Estás despedida!



EL BARCO



DE VAPOR

¡Estás despedida!

Rachel Flynn

Ilustraciones de Rocío Martín

Traducción de P. Rozarena



¡Estás despedida!

Primera edición en Perú: marzo de 2011

Décima reimpresión: enero de 2019

Ilustraciones: Rocío Martín

Traducción del inglés: P. Rozarena

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Título original: *Sacked!*

© Rachel Flinn, 2000

© Ediciones SM, 2002 (España)

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2011

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (51 1) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por

Gráfica Esbelia Quijano S. R. L.

Jr. Recuay 255, Urb. Chacra Colorada,

Breña, Lima, Perú

Tiraje: 500 ejemplares

ISBN: 978-612-4055-92-8

Registro de Proyecto Editorial: 31501311900049

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-00808

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Para Alistair, que me despidió

1 *A Edward se le acaba la buena vida*

EDWARD Van Eek disfrutaba de una vida estupenda. Vivía con su madre y su padre en una fabulosa mansión antigua, un poco decrepita, eso sí. Desde la ventana de su habitación, en el primer piso, dominaba una vista de lo menos quince kilómetros de extensión. Podía ver desde la casa de al lado, en la que vivía la señora Dodson, hasta los rascacielos de la ciudad. Algunas veces saludaba con la mano, porque quizá su padre estuviera mirando desde uno de ellos, aquel en donde trabajaba. A Edward le encantaba que le llevaran y le trajeran del colegio en la furgoneta familiar. Mientras él estaba en

el colegio, arreglaban y limpiaban su dormitorio y, a su vuelta, su ropa aparecía misteriosamente lavada, planchada, doblada y colocada ordenadamente en su sitio.

Cuando volvía a casa, siempre encontraba una merienda deliciosa preparada especialmente para él: a veces algo de chocolate, a veces algo de frutas, a veces algo que despedía aromas exóticos. Luego, su madre, mientras preparaba la cena, le ayudaba con los deberes.

A la hora de acostarse, ella siempre le arropaba en la cama y le leía un cuento. El último se titulaba *El soñador*, y ya iban por esa parte en que Chii está a punto de escaparse del malvado Drago.

Sí, Edward Van Eek disfrutaba de una vida estupenda, y el próximo sábado iba a ser todavía mejor porque celebraría su cumpleaños. Su madre había organizado una fiesta maravillosa, con un payaso, una cama elástica, carreras de sacos, premios

para los ganadores y regalos para todos los invitados. Había confeccionado la lista de invitados, había enviado las invitaciones y ya habían llegado muchas respuestas afirmativas. Solo faltaba decorar la casa y preparar la merienda. Su madre se iba a levantar temprano el sábado para hacer la tarta, pintar las líneas blancas en el césped para las carreras de sacos y colgar los adornos de los árboles. Mientras su madre hiciera estos preparativos, su padre se ocuparía del resto de los juegos y de los regalos.

Edward disfrutaba cada año de la mejor fiesta de cumpleaños del barrio, y todo el mundo quería ser invitado. Todos sus amigos hablaban de la fiesta desde tres meses antes. Edward tenía un montón de amigos, sobre todo justo antes de su fiesta.

Su amiga, Jane Smith-Jones, le recordó que ella era amiga suya durante todo el año y no solo unas pocas semanas antes

de que llegase la famosa fiesta de cumpleaños.

Pero aunque Edward disfrutaba realmente de una vida estupenda, justo aquel lunes por la mañana se sentía un poco fastidiado. Para empezar, se había despertado con el pijama completamente retorcido y el osito de peluche encima de la cara. Así que se sentía algo sofocado.

Cuando empezó a vestirse, le irritó encontrar un par de calcetines rojos en el cajón de los calcetines negros. Luego, a la hora del desayuno, echó distraídamente leche fría sobre sus cereales porque su madre había olvidado meter la jarrita en el microondas durante los dos minutos y diez segundos de rigor. En el colegio, descubrió que tenía una falta de ortografía en sus deberes, y eso que su madre los había revisado la noche anterior. Después, durante el primer recreo, se dio cuenta de que su plátano tenía una fea mancha ne-

gra en la cáscara. Y a la hora del almuerzo se produjo la gran catástrofe: la mayonesa de su bocadillo de ensalada había pringado las dos magdalenas.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Jane.

—Mi madre —explicó Edward— no está haciendo su trabajo como es debido.

—No sabía que tu madre trabajara —comentó Jane.

—Trabaja siendo mi madre —explicó Edward.

—¡Ah! —dijo Jane—. Bueno, a lo mejor tiene además otro trabajo, ya sabes, en una oficina o en una fábrica. Cuando mi madre encontró un trabajo, nosotros tuvimos que cambiar muchas de nuestras costumbres en casa: prepararnos los bocadillos del almuerzo, tomar comida de bote a mediodía, aprender a descongelar la cena, doblar nuestras camisetas, hacernos las camas... Un desastre.

Edward se quedó helado. ¡Comida de bote! ¡Horror, aquello no le gustaba nada!



Esa noche se sentó muy tieso a la mesa y estudió con ojo crítico su cena. Había unas cosas verdes, planas y circulares en el lado izquierdo de su plato. Tuvo la sospecha de que habían sido elaboradas en una fábrica y envasadas en un bote en vez de ser preparadas por su madre.

—¿Qué es esto? —preguntó lleno de recelo.

—Tortitas vegetales —contestó su madre.

—Están buenísimas con salsa —dijo su padre.

Entonces, Edward contó los espárragos que había en el otro lado del plato.

—Yo solo quería tres espárragos —dijo—; ya sabes que yo solo quiero tres y tú me has puesto cuatro.

—¿De veras? —se asombró su madre.

Edward clavó el tenedor en el montoncito de puré de patata que había junto a los espárragos.

—Hay un grumo gris en mi puré —dijo.

—Bueno —bromeó su madre—, no se lo digas a nadie, no vaya a ser que todo el mundo quiera otro igual.

—¡Ya está, quedas despedida! —dijo Edward.

—¿Sí? —dijo su madre.

—Sí —confirmó Edward, y se cruzó de brazos enérgicamente—. Te echo, te despido, ya no me sirves, ya no me haces falta.

Edward vio que su madre sonreía y miraba distraídamente hacia el techo.

—Muy bien —asintió ella.

—Quiero decir... —empezó a hablar Edward.

—No, no, si me parece bien, si lo comprendo —dijo su madre—, si tienes razón. Me he descuidado un poco últimamente.

Llevó su plato al fregadero, lo enjuagó y lo colocó cuidadosamente en el fregaplato.





149 

Rachel Flynn

**¡ESTÁS
DESPEDIDA!**

AUNQUE EDWARD DISFRUTABA DE UNA VIDA ESTUPENDA, JUSTO AQUEL LUNES POR LA MAÑANA SE SENTÍA UN POCO FASTIDIADO. LOS CALCETINES NO ESTABAN EN EL CAJÓN ACOSTUMBRADO, NADIE LE HABÍA CALENTADO LA LECHE DEL DESAYUNO... LA VERDAD ES QUE SU MADRE NO ESTABA HACIENDO SU TRABAJO COMO DEBÍA. ¡QUÉ DESASTRE! ASÍ QUE A EDWARD NO LE QUEDÓ MÁS REMEDIO QUE DESPEDIRLA. ¿QUÉ IBA A HACER?

RACHEL FLYNN ES UNA RECONOCIDA AUTORA AUSTRALIANA QUE COMPAGINA LA ENSEÑANZA CON LA CREACIÓN DE LIBROS PARA NIÑOS.

A PARTIR DE 9 AÑOS

ISBN: 978-612-4055-92-8



9 786124 055928

 Hecho en el Perú

156110